

Unversidad de México
1933

Col. Vol. 2-3
1933-1933
2-3-33

LA CULTURA FEMENINA

Paula Gómez Ríos



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

La Cultura Femenina

TESIS:

que para obtener el grado de Maestra en Filosofía

— presenta —

PAULA GOMEZ ALONZO.

1933

10.—La cultura femenina debe distinguirse severamente del feminismo y de la feminidad. El feminismo es una política: en pro de una mejor situación material, social, jurídica de la mujer, en pro de la igualdad de los sexos, en contra de la preeminencia del varón, etc. El feminismo lucha por proporcionar a la mujer condiciones materiales, externas, de vida, más iguales a las que rodean al varón. Pero la cultura femenina es otra cosa. La cultura femenina es el conjunto de formas objetivas de vida, de pensamiento que manifiestan, en lo exterior y comunicable, la esencia de la feminidad.

.....

De hoy en adelante la mujer asume, pues, la obligación de crear una cultura femenina, que sea la expresión externa, material, comunicable de la feminidad. Esta cultura femenina no necesita ser contraria ni hostil a la masculina. Y aunque sea distinta, puede armonizar con ésta, y aun llegar, en el concierto general, a destacarse como el canto o primera parte de la sinfonía.

.....

Acaso la "deshumanización de la filosofía" pueda ser obra de la intervención femenina futura.

Manuel G. Morente.

(Revista de Occidente, El Espíritu Filosófico y la Feminidad. Marzo de 1929.)

La mujer del presente tiene delante de sí una formidable tarea cultural, que tal vez significa el comienzo de una nueva época.

C. G. Young.

(Revista de Occidente. La mujer en Europa. octubre de 1929).

CAPITULO PRIMERO

ESTUDIO SINTETICO DE NUESTRA ACTUAL CULTURA COMO FRUTO DE LA MAGNA OBRA MASCULINA

Abumador se nos presenta el problema de la descripción de la cultura humana, cuando ha llegado a ser tan compleja, que aun adoptar una actitud contemplativa ante ella es una audacia y encierra las mayores dificultades imaginables.

Casi no puede concebirse que un sólo espíritu pueda captar e interpretar ese fenómeno tan variado, tan rico en detalles esenciales, tan abundante en complicaciones, tan cambiante e inestable, que parece escapárseos ante la intención de analizarlo. Mas no es esa la nuestra: del análisis de la cultura obtendríamos únicamente un nuevo acervo de interrogaciones que sólo conseguirían acrecentar nuestras curiosidades insaciables; queremos una visión de la totalidad cultural, que comprenda las excelsitudes y las miserias los valores y los problemas, las conquistas y las dificultades, con objeto de hacer un elemental balance que nos permita después bosquejar el papel femenino en tan heterogéneo conjunto.

Entre los muchos conceptos de la cultura que los modernos pensadores han elaborado sirve cabalmente a nuestro objeto el de Ricker, para quien la cultura es "lo producido directamente por un hombre actuando según fines valorados, ya sea, si la cosa existe de antes, como lo "cultivado" intencionadamente por el hombre, en atención a los valores que en ellos residen" (Pág. 24 de Ciencia Cultural y Ciencia Natural) o bien Pág. 30) "la totalidad de los ob-

jetos reales en que residen valores universales reconocidos y que por esos mismos valores son cultivados", concepto que adoptaremos y conforme al cual, desarrollaremos este punto.

El hombre, para vivir y para obedecer a los imperativos de la naturaleza, no necesita sino de alguna caverna donde guarecerse de la intemperie, algunos animales y frutos, y algún tosco abrigo para defender el cuerpo de las temperaturas extremadas. Así se pudiera haber conservado la vida humana durante todos los milenios que ésta deba florecer sobre el planeta. Según los naturalistas, el hombre viviendo así, sería "más sano y más feliz"; su potencia física, ejercida sólo para la consecución del alimento, de la guarida y del abrigo sería mayor en todos sentidos, y nunca habría conocido las amarguras ni los llamados venenos de la civilización.

A cambio de esta paradisiaca existencia, el hombre ha organizado las naciones, ha poblado el mundo de ciudades enormes, bellísimas, llenas de asombrosos monumentos; ha llegado en el "saber de dominio", que Max Scheler distingue, a resultados increíbles; ha creado toda su ciencia, su espantable volumen de ciencia que no alcanza ya a ser poseído por un hombre en toda una vida; ha expresado su arrebatado, sus éxtasis ante la belleza, en las innumerables obras de arte, perfectas, "redondas", acabadas; que parecen haber llegado a un fin, más bien dicho, que son en sí mismas un fin, que tienen implícita o immanente la finalidad, cosa que tal vez constituye lo divino del arte; ha discutido acerca de sus orígenes y de sus fines; se ha descubierto un alma; ha tratado por medio de las religiones, de acercarse a la divinidad, a lo desconocido, a lo imposible; por la moral, de perfeccionar su espíritu sólo por el deseo de ser perfecto, y se ha prohibido y ha desterrado por completo de sus costumbres a fuerza de sanciones casi siempre dolorosas, muchas prácticas horribles de su época primitiva.

Complejo y asombroso este acervo de la cultura humana, constituye algo parecido a un enorme diamante de múltiples facetas, y nos ofrece en cada una visiones distintas del mundo, cuyo análisis no es posible emprender. Cultura que casi desdena, borra y prescinde de lo que es, por admirar, poseer y gozar de lo que vale; cultura que objetiviza los valores y los enfrenta a la naturaleza para separar los dos grandes campos en que puede aplicarse: "lo que es", y "lo que vale".

"LO QUE ES" y "LO QUE VALE"

Considerando primeramente lo que es, lo dado, lo que se presenta al hombre para aplicarle su espíritu; no encontraremos sino estas entidades:

- La vida.
- Los hombres.
- El mundo explorado.
- El cosmos presentido.
- El sujeto.

Este es el capital humano, el bagaje con que la humanidad se encuentra y que ya para poseerlo, o para darse cuenta de que lo tiene, debe llegar a un perfeccionamiento apreciable; así por ejemplo: para poseer el "sujeto", el yo íntimo, se necesitó que Sócrates lo encontrara; el hombre absolutamente primitivo no posee "sujeto" en el rigor de la palabra, pero sí siente y conoce la vida, los otros hombres, su propio mundo explorado, su presentido cosmos que le forja los mitos religiosos más o menos fantásticos y absurdos; más para llegar a poseer un sujeto como elemento humano, necesita volverse sobre sí mismo, adentrarse, y escudriñando, encontrarla. ¡Qué sorpresas las de Sócrates y San Agustín con esa maravilla interna que fueron los primeros en descubrir! Por eso hemos puesto el sujeto como última adquisición del equipo con que la humanidad llega al mundo, pues si para nosotros es primario, lo es porque ya nos lo han dado; pero no olvidemos que no lo fue. No cabría en seguida plantearse el problema de si este equipo es superior a lo que el hombre le ha agregado ya, porque no es ése el punto que nos interesa, sino discriminar lo metafísico de lo humano, lo esencial de lo fáctico, lo dado, de lo adquirido.

Parece, pues, que, partiendo de esta base, podremos buscar lo que el hombre le ha agregado hasta hoy; para ello hemos de consultar a Ricker, a Messer y a Max Scheler, con cuya guía intentaremos formar una tabla de valores, vitales, sociales, de dominio, de espíritu y divinos; de conformidad con esto, formamos los cuadros siguientes:

VALORES VITALES

- La alimentación.
- La habitación.
- La higiene.
- El vestido.
- La medicina.
- Los elementos naturales.

VALORES SOCIALES

- La familia.
- La afectividad.
- El lenguaje.
- La ciudad.
- La escuela.
- El estado.
- El gobierno.
- La ley.
- La jurisprudencia.
- La economía.
- La política.
- La guerra.
- La colectividad.
- La salubridad pública.
- La beneficencia.
- El deporte.
- La moral.
- La iglesia.

VALORES DE DOMINIO

- El instrumento.
- La máquina.
- La industria.
- Las ciencias fácticas.

VALORES DE ESPIRITU

- Las ciencias de esencias.
- El espíritu.
- El saber puro.
- El conocimiento.
- La belleza.
- El arte.

VALORES DIVINOS

- La gracia.
- La religión.
- La revelación.
- La salvación.
- Dios.

Todo esto es lo que el hombre ha establecido como válido, como necesario para su actual desarrollo; de nada de ello podría prescindir y, sin embargo, para la vida, exclusivamente para ella, no son indispensables más que los valores vitales; ya éstos, por sí solos constituyen una incipiente cultura y agregándoles los humanos de lenguaje y familia y el divino religión, se ha totalizado la cultura de muchos pueblos que no han pasado a instituir más altos valores.

Así pues, todo ese excedente, todo ese sobre-florecimiento de valores, constituye la riqueza cultural del hombre, completamente innecesaria para la vida. Una vez presentada en esa síntesis caben las preguntas: ¿Cómo ha sido realizada?—¿Cómo ha procedido el hombre para acumular sus valores y para amontonar sus tesoros ideales?—¿Cómo ha podido el hombre realizar esta cultura?

Desde luego, encontramos para contestar estas interrogaciones, una intensa aspiración característicamente humana hacia lo eterno y hacia lo en apariencia imposible. Lo que más ha cautivado el espíritu humano ha sido precisamente aquello que no está a su alcance: esto es lo que atrae y fascina la mente humana, lo que monopoliza los sentimientos y lo que, sobre todo, acapara la voluntad de los seres humanos.

Así, tendiendo a lo imposible, y, lo que es más, al imposible de hoy después de haber hecho posible el imposible de ayer, ha ido el hombre paso a paso superándose en el saber de dominio, internándose en los campos espirituales y divinos, realizándose en los más puros dominios del arte, a pesar de que éstos llegan a ser dolorosos y aun terroríficos, henchidos del "terror cósmico" sólo vencido al cristalizar en la expresión de una sinfonía, que no sabemos en realidad si será eterna, pero que aspira a serlo.

La aspiración a la eternidad, a la estabilidad, a la perfección, al ser absoluto, es el acicate más aguijoneante de los humanos. Por

ella han legislado, por ella han trabajado hasta dejar la sangre y la vida en cada una de las gradas de la cultura; por ella han superado la naturaleza y la vida, que no les dan, ninguna de las dos, ni la eternidad ni la excelsitud. Por ellas el divino Sócrates apuró sereno la amarga cicuta; por ellas Jesús el excelso perdonó desde la cruz a sus enemigos; por ellas San Francisco de Asís estableció la norma de los cristianos; por ellas el caballero Bohemundo tomó la Jerusalén a sangre y fuego; por ellas, el judío Spinoza y el cristiano Kant expresaron sus más hondas y luminosas meditaciones; por ellas Galileo Galilei... Martín Lutero, Carlos V e Ignacio de Loyola nos obligaron a conservar su nombre, su figura austera y sus hechos en las memorias de la humanidad; por ellas Don Francisco Pizarro y Don Hernando Cortés conquistaron un espléndido mundo "para la gloria de Dios"....

Los hechos más disímiles, los esfuerzos en apariencia más divergentes, las más diversas hazañas, tienen en su fondo este elemento de semejanza, este móvil único, que ya hemos conocido agitando a Don Quijote y estremeciendo a Fausto.

Por eso la Filosofía fue la iniciación del hombre en la cultura, y será su meta; ya Vasconcelos predice la síntesis cultural, que no será más que un conjunto de axiomas filosóficos a los que la humanidad llegará algún día, después de haber recorrido todas las veredas de la ciencia, vericuetos de rodeo para encontrar la fórmula, pura como un diamante, que resuelva y verifique la Metafísica.

Con inauditas luchas defensivas, con esfuerzos de dominio, con ansias de entendimiento, con toda la potencia volitiva aplicada hacia una misma dirección, así han hecho los hombres su maravillosa cultura.

Ella es el magnífico fruto de su voluntad, de su intelecto y aun de su afectividad, aplicados al mundo durante siglos; y es un resultado, además, de una enorme masa de vidas "aglutinadas", superpuestas, entregadas y nulificadas. Muchos miles, muchos millones de hombres, desaparecen para siempre, como oscuros y adondinos seres, para que surja un renovador, un aito espíritu que pueda dejar siquiera una leve huella en el vertiginoso devenir humano; un iluminado que marque su siglo con la luz de su videncia o con el fulgor de su genio; y sin embargo, esos millones de oscuros, en

masa inconmensurable de insignificantes, tienen también su papel en la obra cultural; no podemos negarles parte en ella. Y entre esa masa, formando el núcleo vital de la misma, encontramos a la mujer.

Porque todo lo estimado como cultural, todo lo que constituye un valer, es obra masculina, primariamente masculina, individual o colectiva, pero siempre masculina. No encontramos en la historia un sólo nombre femenino de valer absoluto, ninguna mujer cuya decisiva y dominante influencia haya transformado al mundo, haya modificado esencialmente a la humanidad, haya conducido a las masas humanas o cambiado sus destinos.

Los nombres que en la historia se destacan son de varones, de ilustres y esforzados varones siempre en primer lugar. Esta verdad histórica es de tan gran peso, que debe ser profundamente estudiada antes de profesar determinadas doctrinas feministas, que muchas veces adolecen de superficialidad. Las causas remotas de este hecho histórico, muy abundantes, tienen seguramente un gran valor y no han desaparecido.

Así pues, podemos repetir que esta cultura nuestra, decadente o no, universal o particular, original o derivada, es esencialmente masculina. Magna y admirable labor secular de los hombres en la que algunas mujeres han hecho quizá un buen papel, ya sea en la política, en el arte y aun en la ciencia, pero siempre secundario y sumiso. En cambio muchas veces hemos sabido de la obstrucción femenina a las grandes obras del pensar y del actuar humanos. Individual, y a veces colectivamente (aunque esto último es raro) hemos sabido de la hostilidad femenina hacia el arte, la ciencia, la actividad que absorbía las energías espirituales del hombre, y lo hacía salir del campo vital para elaborar los valores sociales, espirituales o divinos. Los grandes humanos han fracasado en el hogar o no lo han tenido. Spengler expresa así este hecho. (Decadencia IV Tomo, pág. 101 y ss.)

"En el hombre y en la mujer pelean las dos clases de historia para alcanzar el predominio".

"La mujer es enteramente lo que es, y su experiencia del hombre y de los hijos la refiere siempre sólo a sí misma, a su propia determinación. Pero en la esencia del varón hay siempre cierto dualis-

mo. Es esto, y también aquello otro, cosa que la mujer no comprende ni admite, percibe este dualismo como violencia y robo de lo que para ella es lo más sagrado”.

“Por eso la mujer desprecia la otra historia, la política del hombre, que ella no comprende, y de la que sólo sabe que le roba los hijos”.

“Sin embargo, la eterna política recóndita de la mujer; política que se retrotrae hasta los principios del mundo animal, consiste en apartar de aquella al hombre para sumergirlo en sí misma”.

“El hombre asciende en su historia hasta tener en su mano el futuro de un país, pero entonces llega una mujer y lo obliga a arrodillarse. Ya pueden entonces arruinarse los pueblos y los Estados; ella, la mujer, ha vencido en su historia. La ambición política que alienta en una mujer de raza, no tiene, en el fondo, otro propósito”.

De todas maneras, en realidad, para la mujer sólo han sido verdaderos valores los cinco primeros de los anotados como vitales en el cuadro respectivo; entre los sociales, la familia, la afectividad y quizá la iglesia; y entre los divinos, para la mujer cristiana, todos, pero especialmente cuando ha estado aislada del ciclo de los sociales, en un convento. Para la mujer de familia o no, son muy válidos o no son rectamente estimados los valores divinos.

Más, no por esto hemos de decir que ha sido absolutamente nulo el papel femenino en la elaboración de la cultura. Hablamos ya en párrafos anteriores de las masas humanas, de las colectividades anodinas que desaparecieron después de haber vivido guiadas por los grandes dirigentes. Es allí donde las masas femeninas son el núcleo vital de la humanidad. Como madres, como amantes, como esclavas, como botín de guerra, como vestales en cualquiera de las formas religiosas, como estabilizadoras de tribus, como conservadoras del fuego, como agentes de la alimentación, como organizadoras del hogar y de la familia, como constructoras material y espiritualmente de la casa, como enfermeras, en una palabra, como el elemento estático de la cultura humana, han hecho un papel tan notable y tan santo como puede serlo el de la tierra de cultivo,

inmensa y quieta, silenciosa y apacible, base y sustentación de los humanos.

Por lo tanto, no es una audacia asentar que sin este pasivo elemento femenino de la humanidad, la cultura humana no sería lo que es, así como sin la tierra, tal como es, no podría jamás haberse realizado esta vida que vivimos.

Hasta aquí he analizado el caudal humano y la aportación femenina en él. Muchos de los puntos esbozados volverán a suscitarse en los siguientes párrafos; pero creo haber iniciado este trabajo con las deducciones que en seguida asiento:

La cultura humana es un complejo de valores supranaturales. Dicha cultura ha sido realizada gracias a la aguijoneante aspiración humana hacia lo eterno y hacia lo imposible. La mujer ha tenido en la realización de la cultura un importantísimo papel esencialmente pasivo. (Conclusiones I y II.)

CAPITULO SEGUNDO

SIGNIFICACION METAFISICA DE LA FEMINIDAD

Es de plantearse el problema del alcance o significación metafísica de la feminidad. A este problema, o se le da demasiado valor, o no se le da ninguno. Cabe en realidad analizar el valor metafísico, el alcance ontológico de esta feminidad humana, de este importante sector de la humanidad; aunque, semejante problema no ha podido resolverse, tratándose en general del hombre como especie. Descartados el antropocentrismo, el geocentrismo, el egocentrismo, no es muy airoso el papel cosmológico del hombre, y aun no se ha podido investigar el origen metafísico de su espíritu, de su razón, ni la finalidad de los mismos, ni su propia esencia. Sentándose, pues, como desconocida la esencia humana, hemos de especular acerca de la feminidad desentendiéndonos de esa ignorancia, analizando lo que puede ser dado a nuestra conciencia sin salir de los límites de la filosofía abstracta, y rechazando en absoluto las especulaciones religiosas o históricas sobre el origen del hombre y de la vida, proble-

mas que no podemos aceptar como resueltos para una verdadera filosofía. Por eso hemos de analizar la significación de la feminidad en los campos a nuestro alcance: la naturaleza, la vida, el mito, porque el problema es humano, puramente humano. Creemos que no puede llegar más que al mito, nunca al onto. Es decir, la condición de existencia femenina no es sino forma humana, terrenal, física, intrascendente. Cuando una mujer se ha planteado a sí misma los grandes problemas filosóficos que tanto inquietan a los humanos, ha encontrado suyos dichos problemas, íntimamente suyos, pero con uno más: el de la propia feminidad. Las preguntas ¿qué es? y ¿qué vale?, básicas e iniciales de toda metafísica toman una sutil diferencia de matiz al ser formuladas por un pensamiento de mujer, que tiene ante sí un misterio más, aparentemente desvinculado del cuerpo de la investigación y por eso más arduo y difícil. Sin embargo, después de meditarlo un poco, creemos posible reducirlo al campo natural, al mundo fáctico; más bien, al mundo vital. Fuera de la vida que conocemos, ya no existe la distinción entre lo femenino y lo masculino; ella es una de las limitaciones de nuestro ser, como la limitación de nuestra razón. Entonces, las diferencias sexuales no tienen el valor esencial que ha querido dárselos, y sólo deben quedar reducidas al campo puramente vital; lo que debe tenerse en cuenta siempre que se trate del trillado problema de la igualdad o diferencia entre los sexos. En esencia, en origen, más bien, metafísicamente hablando, no puede existir tal diferencia, que no es trascendente; pero en el campo vital humano, y aun en el campo de los valores, las diferencias son absolutas e imprescindibles. Quien hable de ellas sin puntualizar a cuáles se refiere, no hace sino bordar en el vacío y repetir lugares comunes que a nada serio conducen.

En consecuencia, sentamos que no existen diferencias metafísicas entre los seres humanos de distinto sexo, pero que sí las hay vitales y humanas, de tal manera palpables, que la vida y la cultura no podrán nunca prescindir de ellas. (Conclusión III.)

LA FEMINIDAD EN LA NATURALEZA

Examinemos ahora brevemente el papel de la feminidad en la naturaleza. Es posible encontrarla tanto en la vida vegetal, como

en la animal. En la primera la encontramos en los órganos femeninos de las plantas, los cuales adquieren un gran desarrollo y dan lugar a nuevos ejemplares mientras los masculinos caducan.

Entre las especies animales llamadas inferiores, la vida sexual reviste una gran variedad de caracteres que diferencia gradualmente los organismos.

Entre las especies animales llamadas superiores y en la especie humana, la hembra y la mujer, después de la fecundación forman, con elementos de su propio organismo, los seres jóvenes, los cuerpos nuevos, embrionarios; los alimentan con jugos propios elaborados en el mismo cuerpo, los cuidan y protegen hasta que ellos pueden valerse, y para esta protección y sólo para ella, desprecian la propia vida, que en los restantes casos estiman y defienden con mayor ahínco que los individuos masculinos.

La mujer es, pues, a causa de ley natural inmodificable por los humanos, el recipiente, el depósito de la vida, su vehículo, su elemento de continuidad; en su organismo, el devenir material es mucho más claro que en el organismo masculino; pudiera decirse que se hace visible. La mujer representa el devenir de la materia humana. En lo profundo de su ser está la fuerza vital, la fuente de energía divina, uno de los misterios que al hombre más han intrigado, en los que su deseo y ansia de saber han tenido los más grandes fracasos: tal el del clásico homínuculo fáustico, pues hasta ahora ningún mortal ha dejado de nacer de mujer.

Tan íntimamente está arraigada la vida en el ser femenino, que esto constituye una de las más serias razones por las que la mujer no ha podido superar a la naturaleza sino que se ha subordinado en ella. Parece que el hombre se ha liberado de la vida, la ha relegado a segundo término, en el valor y en la guerra; en cambio, para la mujer la tiranía vital es pesada, ineludible y fatal. Ninguna mujer ha podido considerarse liberada de la vida; ninguna ha podido alzarse sobre las imposiciones de la vida, y cuando algunas se han visto forzadas a hacerlo, el impulso ha sido cruel y dolorosamente castigado, a veces, con la vida misma. Esto hace que el instinto de conservación vital sea mucho más intenso en la mujer, y de aquí su facilidad para sentir miedo, su profundo respeto a la vida y a la salud, su admiración por la fuerza y el vigor físico, y su

instinto de protección al débil, al enfermo, al indefenso, al pequeño animal, y a la planta. Debemos insistir sobre este problema al tratar de la psicología femenina. Por ahora nos limitaremos a señalar como esencia humana (si así pudiera decirse) de la feminidad, la vida. Pero traspassando los límites vitales ¿qué significa la feminidad? ¿qué valor tiene en el cosmos?

La feminidad es immanente en la vida y no trasciende al cosmos. En el mundo que conocemos, la feminidad es el mecanismo y la forma del devenir vital. (Conclusión IV.)

LA FEMINIDAD EN EL MITO

Sin embargo, es y ha sido muy difícil que reduzcamos sensiblemente a estos límites a la feminidad. Lo prueba el hecho de que ésta figura en todos los mitos bárbaros. Las cosmogonías, china, indú, babilónica, egipcia, griega, nórdico-europea, y las autóctonas de América, no han podido jamás prescindir de la diosa-madre, de la esposa del dios, pobladora de la tierra; y aun el cristianismo no puede dejar de llamar Madre de Dios a quien el catolicismo hubo de consagrar en el Dogma de la Inmaculada.

Los creadores de los mitos no pudieron despojarse de lo humano para forjar lo divino, y consideraron mucho más accesible a la inteligencia y fácil de ser aceptado, el mito de la feminidad. Sea esto una de las formas del antropoteísmo, sea una necesidad afectiva de la humanidad, lo cierto es que en ningún mito falta la concepción del devenir femenino junto al ser estático y eterno del Dios creador, imutable y todo poderoso. Pero en los pensamientos orientales, el mito feminidad tiene un alcance más hondo, como lo prueba este párrafo que he entresacado del Tao (pág. 60, 62 y 67 del estudio de Wilhelm.)

—“Llamo ser al comienzo de cielo y tierra.”

—“Llamo no ser a la madre de las cosas individuales”

—“Hay una cosa que da una impresión misteriosa,

Ya existía antes que el cielo y la tierra.

¡Tan quieta, tan vacía!

Sola está y no cambia.

Recorre un círculo y no se arriesga.

Se puede llamar la madre del mundo.

Yo no sé su nombre.

Yo la llamo SENTIDO.

Obligado a darle un nombre, la llamo grande.

Grande, esto es, que desaparece.

Que desaparece, esto es, lejana.

Lejana, esto es, que vuelve.”

“Cada cosa regresa a su raíz.

La vuelta a la raíz significa quietud,

Quietud significa vuelta al destino.

Vuelta al destino significa eternidad.

Conocimiento de la eternidad significa claridad.”

Quizá son estas frases del Tao unas de las más profundas que sobre la feminidad en el mito cósmico se han escrito; lo cierto es que aquí no puede prescindir el sutil pensamiento chino de la idea femenina, maternal, creadora y eterna.

Sin embargo, en realidad nosotros no podemos encontrar la feminidad en el cosmos. Hemos ya expuesto el pensamiento de su limitación humana vital. Debemos resolvernos a reducirla a sus confines, a no aceptarla fuera de ellos. En un plano elevado, cósmico, deshumanizado, no podemos encontrar la feminidad, sería un absurdo seguir pensando en ella y no despojarse de ella para entender el cosmos. El eterno femenino no pasa de ser otro mito.

Entonces si lo divino y lo esencial humano son dados por igual a la humanidad entera; si el “quid divinum” no pertenece exclusivamente a los seres humanos del sexo masculino, sino a todo ser humano, claro está que la mujer puede, con todo derecho, tomar su parte en el trabajo humano de mejoramiento y superación, de cultura, para decirlo en una palabra. De hecho, como ya lo vimos, ha desempeñado su papel, pero éste, importantísimo, ha sido pasi-

vo. En el capítulo siguiente discutiremos cómo habrá de ampliarse el campo de acción femenino, sin perder de vista en ningún momento los hechos, sus causas, y las esencias.

CAPITULO TERCERO

UN CONCEPTO DE CULTURA FEMENINA

Si se acepta lo que en los capítulos anteriores hemos establecido, deduciremos que el problema de la cultura femenina es arduo y difícil de suyo, y que al discutirlo no deben perderse de vista las más altas normas filosóficas porque si se pierden, la discusión es absolutamente inútil y vacía. Cuestiones de fondo, muy importantes, están vinculadas en él y hay que desentrañarlas antes de llegar a conclusiones válidas. Para formarnos un concepto de cultura femenina, necesitamos investigar qué tan nuevo es el problema, si en realidad es actual y palpitante, si el hecho de que nuestras escuelas se pueblen de muchachas es inusitado, si en verdad estamos frente a grandes innovaciones, o si toda la inquietud femenina es sólo agitación pasajera, resultado natural de la evolución humana, de la cultura del conjunto humano. Los diversos problemas femeninos ¿han surgido en el siglo XIX, junto con la complicación de los económicos? ¿son de principios del siglo XX? ¿son de la post-guerra?

Si leemos el libro de Enrique Finke "La Mujer en la Edad Media" nos encontraremos con agradables sorpresas que nos hacen pensar en la amplitud del campo femenino en la época de mayor hegemonía cristiana; si conocemos lo que los cristianos nos dicen de la terrible condición femenina durante la pre-cristiandad, y de la estimación femenina que Cristo estableció; si nos damos cuenta de la serena actuación de muchísimas matronas durante los milenios romanos; si llegan a nuestras manos los antiquísimos documentos acerca de innumerables reinas y princesas egipcias, hebreas e indostánicas; si conocemos las instituciones femeninas de los aztecas, de los mayas y de los incas, no podemos menos de darnos cuenta de la antigüedad remota de las cuestiones femeninas, y que la lamentada esclavitud femenina no lo es menos humana, pues la carne negra y aún blanca no dejó de ser mercancía sin distinción de sexos has

ta hace menos de cien años, en los países que hoy son más adelantados, y el trato inhumano en general, a prisioneros, a vencidos, a trabajadores, a parias, a niños, ha sido aun en la guerra europea y después de ella mucho más duro que todas las formas imaginables de esclavitud femenina.

Entonces, el movimiento femenino actual, no pasa de ser una ansia de renovación, un deseo de establecer nuevas normas y de ampliar las bases de la cultura femenina, pero de ninguna manera un surgimiento ni una innovación. Pasivo y secundario el trabajo femenino en la cultura humana, no por ello ha sido de menor importancia como ya lo establecimos en el capítulo I. Repetimos que sin la aportación femenina, sin su dejar hacer, sin la resolución de los problemas mínimos por la mujer, la actual cultura humana no existiría o habría tomado un cariz absolutamente distinto.

Insensible y lentamente, modificando costumbres más que leyes, la mujer ha ido ampliando poco a poco sus horizontes de cultura. Hoy es el acceso a ciertos estudios, mañana el desempeño de tales trabajos anteriormente exclusivos de hombres; después la participación en discusiones de asuntos no hogareños, y el surgimiento de agrupaciones femeninas que exponen opiniones más o menos audaces y originales, la cuestión femenina ha ido complicándose más y más y pretendiendo formar entidad independiente y a veces hasta hostil frente a la sociedad masculina. Y ésta, lentamente, también, ha ido permitiendo, aceptando, aplaudiendo y alentando todas estas actividades como una manifestación más de su propia voluntad. Porque si realmente hubiera habido hostilidad masculina, si en efecto los hombres hubieran ejercido esa horrible tiranía y esa infame explotación de que se quejan las feministas exaltadas, la mujer no habría jamás pasado del plano natural, ni habría sido un elemento de cultura, pues los casos individuales no pueden tener validez ninguna para un estudio serio del problema.

Desgraciadamente, la ignorancia, la esclavitud, la incapacidad legal, la inferioridad social no han sido padecimientos exclusivos de mujeres, sino de grandes grupos humanos; es muy lentamente como se corrigen y se han tratado de remediar por los distinguidos pensadores y por reformadores activos de la humanidad, y dentro de esa corriente de deseo de mejoramiento humano, dentro del

conjunto de movimientos humanos, ajenos al hombre, pero siempre a su vera, están los actuales problemas de la cultura femenina. Esta cultura no consiste solamente en resolverlos, no está hecha ni se ha conseguido, sino que está aún muy lejos de conseguirse, pues hasta hoy el pensar en grandes conquistas femeninas y el envanecerse por ellas no es sino un concepto muy erróneo de cultura femenina. Porque hasta hoy, al hablar de cultura de la mujer, se piensa en una de las siguientes formas:

- Acceso de la mujer al estudio.
- Intervención de la misma en la política, en el gobierno.
- Facilidades de trabajo, de ganancia material, con lo que se pretende obtener la independencia económica femenina.
- Ciertas libertades domésticas (divorcio, libertad de manejo de bienes, etc.) Ninguno de estos simples progresos puede ser llamado "cultura femenina".

Recordando las acepciones modernas de la palabra "cultura", su profundo sentido espiritual, su oposición al vocabio "naturaleza", comprenderemos mejor por qué no aceptamos que ninguna de las modalidades expresadas constituye una condición de la cultura femenina.

No es el acceso de la mujer al estudio, porque toda la ciencia, absolutamente toda, es obra masculina, es el resultado de la experiencia y del pensamiento masculinos, que son radicalmente distintos de los femeninos. El saber de "ella", no es más que un apegarse al saber de "ellos", al saber que ellos han fabricado a causa de su especial visión del mundo, de sus originales intereses, de sus exclusivos ideales, de sus propias finalidades. Por eso es que la mujer no llega a asimilar profundamente el saber masculino; por esto Heymans, en su *Psicología de las mujeres*, dice que la mujer jamás llega a tener un interés real por la ciencia.

En efecto, el interés femenino por el saber humano ha sido hasta hoy siempre de orden exterior, si así pudiéramos decir: por adquirir un título, un nombre, un medio de vivir; pero la investigadora pura, la que todo lo deja por el saber, la que hace avanzar el conocimiento no se encuentra aún entre las mujeres; y si por

excepción llega a encontrarse, sufre las consecuencias de su "rareza", pues tal actividad implica desde luego una absoluta singularización en costumbres, pensamientos y acciones, que muchas veces ni al hombre se le perdonan. El simple estudio, pues, la aplicación a las ciencias ya hechas, no pueden constituir la cultura femenina. Haremos una pequeña digresión para asentar que no por eso pensamos que la mujer ha de ser ignorante. Todo lo contrario, creemos que debe estudiar, estudiar con verdadero ahinco, con fiebre de saber; estudiar durante una larga etapa, hasta llegar a entender, a asimilar de tal manera la ciencia masculina, que pueda ir abriendo su propio camino científico, que pueda ir trazando su propio plan de saber, sus propias normas, cosa que está muy lejos de alcanzar, y que para lograrla, debe ocupar como escalón, como punto de apoyo, esta ciencia masculina que tanto le ha costado de sacrificio y de pasividad. Pienso que todas las mujeres, absolutamente todas sin ninguna excepción, debemos dejar de ser ignorantes, debemos borrar esa ignominia de la ignorancia femenina que es causa de tantos males humanos; que debemos pasar del plano "naturaleza" en que tan reposadamente nos han dejado los hombres, debemos superarlo como ellos lo han superado, lo que ya es tarea. Cuando no se diga en ninguna parte que una mujer "no estudia porque piensa casarse"; "no estudia porque tiene que permanecer en casa de sus padres" sino que por todo y para todo eso se estudie y se cultive el espíritu de la mujer, se habrá iniciado, pero no obtenido, la cultura femenina. Recordemos cómo Max Scheler diferencia el saber y la cultura en su obra sobre este tema.

Y si no hemos admitido el saber como único factor de la cultura femenina mucho menos podremos pensar que ésta pueda constituirse sin él, con cualquiera de los otros elementos ya citados.

La mujer ignorante, participando en el gobierno, sabiendo del hogar a obtener ganancias materiales o adquiriendo libertades sociales, es más que perjudicial y contribuirá al atraso y a la desmoralización de la humanidad como ya se ha visto en otras épocas de la historia.

¿Qué debe ser entonces cultura femenina?

Cultivo del espíritu de la mujer y desarrollo máximo de todas sus facultades, de todas sus potencias, para obtener un perfec-

cionamiento distinto y mayor al que, como hemos visto, ha alcanzado el hombre; acción de la mujer en el mundo, original, fuerte, distinta y decisiva; que abarque todos los campos y ponga su nota en todas las actividades. Cultura de conjunto; no instrucción y adiestramiento de unas cuantas.

Cultura que se traduzca en pensamiento y en acción, en transformación y en fruto.

Tratemos entonces de ordenar nuestro pensamiento positivo acerca del tema. La cultura femenina:

a).—Deberá basarse en un sólido saber encaminado a investigaciones muy peculiares y distintas.

b).—Deberá influir en la vida general de la humanidad y modificarla.

c).—Deberá establecer nuevos valores éticos y estéticos universalmente aceptados.

d).—Deberá encontrar formas, expresiones religiosas válidas y originales.

a).—No es posible pensar todavía en un saber femenino autóctono e independiente. No podrá ser en muchos años, sino una derivación, una ramificación del saber masculino, y para ello, necesita llegar al conocimiento puro. Es decir, la mujer deberá dedicarse a la ciencia, durante largos años, como discípula sincera y modesta, sin audacias inútiles ni estériles especulaciones, para llenar una larga etapa de estudio, no sólo individual, sino en colectividad. Cuando sea lo usual y ordinario el saber femenino, cuando la especialización científica y el espíritu colectivo de la mujer hayan variado en absoluto, entonces y sólo hasta entonces la mujer irá abriendo sus nuevos caminos. Por ahora, será discípula, como ya lo dijimos, y para eso, el mejor camino que puede escoger, es el que ha escogido en su inmensa mayoría: ser maestra.

Este aparente contrasentido nos lo explicaremos si puntualizamos estrictamente el papel del maestro, maestro de juventudes y educador de masas. Este no es el sabio, el innovador, el creador. Generalmente, el genio no puede amoldarse a la técnica pedagógica

ca y fracasa como divulgador y como pedagogo. En cambio, el que exclusivamente es maestro, el que asimila lo creado por otros y lo lanza al entendimiento de las masas, necesita el saber y lo capta, pero no para sí, sino para los demás, y al darlo así, lo aquilata, lo valúa y llega a posorio. Por aquí está el camino de la mujer a la ciencia. No ha sido ella todavía creadora, ni podrá serlo en mucho tiempo (creadora en el alto sentido intelectual del vocablo); pero al divulgar, comienza por hacer un sutil juicio, por poner un tono casi imperceptible de opinión femenina sobre todos los puntos que el hombre ha elaborado y acerca de los cuales ha creído decir la última palabra. Después de conocerlos y de divulgarlos, la sutil crítica femenina les dará un matiz especial: he ahí la base, sólo la base, de la cultura que en el porvenir formará la mujer.

Por ejemplo: cierto esofitismo irrazonado ante las últimas conquistas del campo biológico; cierto desecanto ante la pobreza de los conocimientos cósmicos; un inquirir de insatisfacción frente a la ética pura; y un constante planteo de angustiosa ignorancia frente a todos los problemas filosóficos; un abrir los ojos ante el "terror cósmico" que parecía no existir en el alma femenina, tan sujeta a "lo vital" y tan satisfecha de no padecer dicho terror por sentirse dentro del supremo mecanismo de la vida.

Tales actitudes frente a la ciencia masculina, al mismo tiempo que se divulga, permitirán tanto que el hombre haga una seria autocrítica de su ciencia, como el que se dedique con más amplitud y seguridad a investigar, a profundizar, porque ya no necesitará ser divulgador; ya habrá quien divulgue lo que él haga y quien tenga interés porque los resultados que obtenga sean cada día más valiosos y perfectos. Papel que no desentona de la manera tradicional de cooperar a la cultura que ha tenido la mujer como ya lo hemos visto.

Entonces, una visión crítica será el primer aspecto ya estimable de la cultura femenina que comienza a cristalizar. Crítica y divulgación, primeros pasos.

b).—Cuando sólo esto (que ya es muchísimo), haya sido conseguido, seguramente habrá cambiado el aspecto general y la manera de vivir de la humanidad entera. Imaginemos a la mujer, a toda la colectividad femenina, en trabajo inteligente y responsable.

Comenzando por el básico trabajo hogareño, que ya no marcharía "a la buena de Dios", sino que en comprensión espiritual, en manejo y gobierno económico, en educación, en trato, en previsión social, sería un verdadero y altísimo valor humano, y no el "refugio pasivo" cuyas faltas se ocultan y disimulan siempre por elemental pudor.

Con este elemento social hecho a base de mujeres cultas, con la delicada y especial cultura femenina llevada a todos los hogares, habría cambiado la vida general de la humanidad, y, como de la conglomeración de hogares resulta una sociedad, en ésta se reflejaría en el acto el ambiente culto en que la mujer viviera. Automáticamente desaparecerían muchísimos problemas domésticos y sociales que ocupan a los sociólogos.

Pero además, en toda clase de actividades fuera del hogar, la cultura de la colectividad femenina pondría su matiz y afrontaría con verdadero éxito más serias responsabilidades. Seguramente que, si la mujer culta va poco a poco invadiendo ocupaciones de las cuales tiende a excluir al hombre, éste buscará actividades más altas y empleará su habilidad específica en trabajos que exijan profunda concentración intelectual, grandes esfuerzos físicos o bien, que impliquen serios peligros vitales, los cuales no teme tanto como la mujer.

Todo esto traería incalculables resultados que en verdad modificarían radicalmente nuestros actuales usos y costumbres.

Y en cuanto a la intervención de la mujer en el gobierno de los países, punto que no es para mí de primera importancia en este estudio, pienso que no podríamos adaptarnos a los actuales regímenes políticos, vistos en conjunto. Nuestra labor en este campo sería de crítica, las más de las veces muy dura; cierto malestar y descontento nos haría ardentemente revolucionarias en política, especialmente contra todo lo que lesionara valores vitales. Por ello, es por ahora poco prudente tratar de llegar como novicias, a este escabroso campo del que los hombres mismos no están satisfechos. Pero cuando la gran cultura femenina nos permita, con toda la lenta naturalidad de los mejoramientos sociales, intervenir en el campo de la política, nuestras reformas a sistemas de gobiernos y a regímenes políticos serían absolutamente radicales.

c).—Seguramente, la mujer culta deberá emprender también la revisión de los valores éticos.

¿Qué ha sido, en qué ha consistido la moral para la mujer?
¿A qué normas se le ha sujetado y cuáles ha establecido ella?

En todas las épocas la moral le ha sido absolutamente impuesta y por completo negativa.

Sumisión y pasividad han sido las virtudes esenciales que todas las culturas han exigido de la mujer. A pesar de que este tema ha sido explotado en forma casi indigna por cierto número de escritores feministas, y con todas las precauciones que requiere el tratarlo, procuraremos abordarlo con la serenidad e imparcialidad que podamos, evitando siempre la inútil lamentación y la ridícula indignación o el gesto declamatorio, hueco, de admonición o de rebeldía de plazuela que casi siempre se ha usado al discutirlo. Aquí encontramos nuevamente una moral originada en el campo de la naturaleza, si esto puede ser. La reclusión, la quietud, el estatismo, la perfecta sumisión a la voluntad del jefe doméstico, hasta el borrarse de la personalidad femenina, parecen muy de acuerdo con la naturaleza, con la entelequia vital que prescinde en absoluto de la flor en obsequio de la riqueza del fruto. Pero esto, en un mundo que ha superado a la naturaleza, no puede perdurar más que en el plano puramente natural. Así, pues, la cultura femenina debe fundar su moral, sus propias normas éticas, y reformar las normas éticas humanas que de ello hayan menester.

Sea bien entendido por las gentes timoratas, que no se trata de "desmoralizar" a la mujer, que no se trata de romper frenos ni de salvar valladares: todo lo contrario, quizá vaya a ser más exigente y severa la moral resultante de la cultura femenina, que nuestras actuales morales convencionales de las que nadie se siente satisfecho. La mujer abordará el estudio de los grandes problemas morales, el conocimiento de la moral pura en sus últimas conclusiones, y también, como en el saber, pondrá su toque crítico y quizá su veto a las demoralizaciones masculinas, que tanto necesitan ser corregidas.

En el campo de la práctica, de la actividad, la gran cultura femenina, extensa e intensa, evitará todas las deficiencias morales que se atribuyen a la mujer, fortalecerá sus debilidades, acla-

rará sus indecisiones, dominará los bárbaros instintos, reprimirá y encauzará las tendencias innobles, y le permitirá formarse un amplio y claro concepto de deber, de responsabilidad, de fines humanos, todo lo cual no puede menos de establecer, como al principio dijimos, nuevos valores éticos universalmente aceptados.

d).—Seguramente que una de las principales resultantes de la cultura femenina, será una distinta estimación de las cuestiones religiosas. La religiosidad femenina ha sido una de las cosas que más han dejado que desear. Pero como este punto lo estudiaremos en el siguiente capítulo, esbozaremos aquí, para concluir, algunos lineamientos que esperamos imprima la cultura femenina en su religiosidad. Desde luego, el sentimiento místico, depurado y profundo, aquilatará la verdadera actitud religiosa, quitándole exterioridades e hipocresías; el conocimiento de todas las formas religiosas establecerá respeto y comprensión para los símbolos y las cosas sagradas de todos los pueblos; y la idea de finalidad humana encauzará la moral por retroceros que ya hemos dejado apuntados en líneas anteriores, y constituirá quizá la más valiosa y alta expresión de cultura femenina. (Conclusión V).

CAPITULO CUARTO

ENSAYO SOBRE PSICOLOGIA FEMENINA

Son tan sabidas y conocidas las nociones vulgares de psicología diferencial, que verdaderamente cansa repetir las. A pesar de esto hemos de tomarlas como base para hacer nuestra investigación. Se considera conocida la psicología femenina con decir estas dos o tres vulgaridades: "En la mujer predomina el sentimiento"; "la mujer está hecha para el hogar"; "todo lo que sea racional está fuera del alcance de la mujer, que es esencialmente emotiva", etc., etc., etc. Verdaderos acervos de estas tonterías encontramos aun en los libros serios, en los escritos de los antifeministas, en las novelas, y hasta en muchos trabajos escritos por mujeres, a quienes les falta el valor para abrir el propio camino y se contentan, como los mediocres, con repetir lo que se ha consagrado por la pseudo-ciencia oficial.

En realidad, la psicología femenina aun no ha sido estudiada, en forma seria, por ninguna mujer. Autores masculinos, entre ellos Heymans, ha hecho meritorias obras; mas no debemos ceder a los varones hasta este terreno, aunque hemos de confesar que nos falta mucho todavía para poder siquiera conocernos, estudiar-nos, y, sobre todo, darnos a conocer.

En primer lugar, estudiemos las innegables influencias del cuerpo femenino sobre la psiquis, asunto incontrovertible, que nadie puede dejar de reconocer.

Características Físicas de la Mujer

Cara de facciones suaves, atrofia del pelo en ella, y en la generalidad del cuerpo; expresión facial característica. Garganta redondeada, sin huesos salientes; cuerdas vocales constituidas en forma especial para producir un timbre de voz más suave. Mayor extensión ocupada por los órganos sexuales y estructura de los mismos especialmente apropiada para la maternidad.—Diferencias óseas muy marcadas especialmente en la pelvis.—Miembros menos desarrollados: musculatura recubierta de una capa de grasa que produce líneas curvas suaves, las cuales ofrecen un bello y delicado conjunto. La diferencia morfológica es de tal grado, que un sólo fragmento de cuerpo puede conducir a la clasificación sexual. Por eso Heymans dice que "cada parte del cuerpo tiene su sexo".

Todos y cada uno de estos rasgos generales influyen en la psiquis femenina, pero no son la psiquis femenina.

Así, la suavidad de facciones, casi general de las mujeres, incita al culto por la propia belleza facial, al cuidado meticuloso de la cara, tan esclavizante para algunas, que llega a constituir el centro único de su pensamiento y el objeto primordial de su vida, lo que naturalmente acarrea consigo grandes fallas en otras costumbres, enormes sacrificios y aun daños considerables en la salud y en la actitud espiritual, lo mismo que este complejo psico-físico que se llama la coquetería.

La extensión corpórea que ocupan los órganos sexuales y su adecuación perfecta para la maternidad, constituyen el rasgo físico decisivamente femenino. En efecto, esto obliga a la mujer a ocu-

parse casi exclusivamente de la reproducción de la especie, y cuidados anejos, lo que le absorbe largos años de vida normal, y hace que el amor juegue en ella un papel decisivo y de una trascendencia inculcable. El instinto maternal trasciende lo puramente corpóreo y abarca no sólo la actitud de protección al propio hijo, sino a todo ser. El devenir vital se impone y la vida y la salud son pensamientos de primerísima importancia; la vida y todo lo que contribuye a engrandecerla, a fortificarla, a reafirmarla, es para la mujer sagrado y naturalmente impuesto, así como execrable todo lo que en cualquier sentido, la daña, la empequeñece, la deforma o la debilita.

Por todo esto "lo vital" es el primer valor femenino, si también hemos de hacer nuestra propia tabla de valores. "Lo vital" y sus "entourances", sus últimas ramificaciones con el mismo valor que las primeras; y una de las causas de esta actitud, es este rasgo de conformación física que la hace depositaria y trasmisora de la vida humana.

Pero, cuando causas sociales muy difíciles de analizar, impiden a la mujer el cumplimiento material de su misión maternal, busca y generalmente encuentra ocupaciones que satisfacen este instinto tan hondamente arraigado en ella; de no satisfacerlo, la salud psíquica siempre, y muchas veces la física, sufren muy variadas perturbaciones.

Todos estos detalles de base puramente física son la causa de los juicios que superficialmente se hacen de la mujer y de los lugares comunes tan usados para hablar de su estructura espiritual.

Así, el "predominio del sentimiento" tiene causa física; la consagración al hogar, tiene base física; la "predestinación al hogar" tiene origen corpóreo. Nada de esto es extraño al hombre, pues según la naturaleza pura, él está perfectamente conformado para ser padre, está predestinado a la paternidad; pero nunca, jamás, en ningún pueblo ni en ningún tiempo, el hombre se ha limitado a la naturaleza, sino que la ha corregido, y superado ~~en~~ ese concepto maravilloso que se llama cultura.

¿Por qué, entonces, la mujer no ha de superar (entendámoslo bien) por qué no ha de superar a la naturaleza, y cristalizar también en cultura su dolorosa superación?

Hombres cultísimos y doctos que han vivido ya a principios de este siglo, y aun en nuestros días, todavía quieren limitar a las mujeres que de ellos dependen (hijas, esposas, hermanas) al campo de la naturaleza pura, cuando ellos lo han superado, cuando lo han dejado muy atrás, cuando para ellos lo puramente natural ha quedado reducido a mero incidente, a rasgo pasajero y sin huellas.

¿Cómo han de poder entenderse con las mujeres?—¿Cómo han de hallarles alguna cualidad?—¿Cómo han de tener satisfacción moral de la convivencia ~~de~~ ellas, si esto sería como querer poner de acuerdo una rosa y un espíritu?

Seguramente ya muchos hombres se han convencido de que tampoco en el campo super-naturaleza pueden ni deben estar solos, de que también allí necesitan compañera; por eso la cultura empieza a revelársenos, y ya nos permiten que iniciemos la nuestra, independiente de la suya.

Entiéndase bien que no pensamos que esta "superación" de la naturaleza y de lo vital, signifique un abandono de los primeros deberes naturales femeninos, abandono que nadie hasta hoy, entre las mujeres, ha afrontado con plena voluntad. La superación de lo vital, en la mujer, además de obedecer a profundas causas sociales que estudiamos en párrafo propio, debe consistir en el cultivo de su inteligencia; en la aplicación de la misma en los grandes valores humanos: ciencias, problemas, gobierno, trabajo, todo lo que le permita formarse una alta visión del mundo y su significado, su trascendencia, su fin; comprender su propio objeto y apartar su mente de los asuntos puramente sexuales y eróticos cuando esas causas sociales cuyo estudio apuntamos en líneas anteriores, le impidan consagrar su vida puramente a la reproducción de la especie, y si la ha consagrado, que sea ese fin noble e inteligentemente alcanzado, que le permita cultivar su espíritu de manera de aquilatar su misión en el mundo y alternar (esta es la palabra) con los que hasta hoy han creado la cultura.

Queda pues, asentado, que el primer deber femenino natural, la propagación de la especie, nunca ha sido abandonado ni lo será jamás; pero que, en nuestros días, aun para este papel se necesita la gran cultura que mejore, fortalezca, purifique y eduque a las futuras generaciones; y que una de las causas primeras de error en

los juicios acerca de la psicología femenina, es hacerlos desde la cultura para seres que han permanecido en el campo natural; que estos juicios resultan más severos y desfavorables que los que en la actualidad ya puede hacer una mujer culta de un hombre inculto.

Con la cultura femenina, desaparecerán todas las características defectuosas de la mujer. De todo lo expuesto podemos sacar en conclusión, que la parte física, debido al objeto natural de la mujer, influye decisivamente en su manera psíquica de ser; que ella, unida a la falta de cultura, es la causante de muchas de las diferencias aparentemente tan profundas entre los sexos en: vida instintiva y sentimental, capacidad intelectual, fuerza volitiva. (Conclusión VI).

Analícemos ahora, de las características psicológicas diferenciales de la mujer, las que son debidas exclusivamente a la falta de cultura.

Encontraremos, claro está, la ignorancia con sus siguientes consecuencias: Vaciedad, tontería, necedad, pequeñez de espíritu, trivialidad, vanidad, charlatanería, maledicencia, defectos domésticos y falta de interés por lo serio.

Si buscamos hombres que posean iguales defectos, los encontraremos en el acto entre los ignorantes e incultos que, por cierto, también abundan desgraciadamente. Observemos a la juventud masculina que no se dedica al estudio, a la que vive ignorante en las provincias y en los pequeños pueblos, en nuestro medio. Tanto a los que viven en la ociosidad que les permite su riqueza como a los de escasos medios de vida, puede acusárseles de todos esos defectos, mal llamados femeninos. En un medio tan escaso de cultura como el nuestro (y por mucho que quisiéramos generalizar en estos asuntos el medio se nos impone y no podemos menos que ejemplificar con lo que tenemos a la vista) sería fácil citar muy numerosos tipos masculinos, tanto de la ciudad como del campo, que corresponden perfectamente a la descripción que pudiera hacerse de una joven vanidosa y vacía, de una mujer charlatana, de una anciana maldiciente. Luego todos esos defectos no son exclusivamente femeninos, sino propios de toda masa humana inculta, y la mujer no los debe a su sexo, sino a su falta de cultura.

Ya vimos con Spengler, cómo la mujer adopta una actitud amorosa diferenciada que pudiera llamarse de tiranía, de absorción,

de acaparamiento, de reducción del hombre a la naturaleza, y examinamos la causa natural de ella; una causa más se encuentra en la falta de cultura. Cuando la mujer aquilata debidamente el valor vital en el cosmos, y comprenda la validez secundaria que para el hombre tiene lo vital, asumirá más estrechamente las responsabilidades vitales, o las evitará, ayudando al hombre a su liberación. Pensamos que en esta idea se involucra un trascendente problema social que apenas si ha sido apuntado por algunos sociólogos; pero que va absolutamente en contra de esos conocidos lugares comunes, de esas teorías que agrupadas pudieran llamarse escuela feminista, las cuales nos parece que más bien tienen la tendencia femenina y fatal de reducir al hombre al campo de la naturaleza. Creemos que la cultura femenina resolverá estos problemas en la forma más favorable posible a los altos intereses humanos.

Ahora debemos adoptar un método puramente descriptivo para tratar de los principales detalles de la psicología femenina, procediendo en lo posible sin prejuicios de ninguna clase.

Si en la psicología general es tan ardua y difícil la investigación, porque su objeto es algo cambiante, movcldizo, e inestable, como lo ha expresado puntualizadamente Montaigne. ("¡Qué animal tan ligero, diverso y ondulante es el hombre!") la tarea de describir la psiquis femenina es algo superior a nuestras fuerzas, porque parece que en ella existe la más absoluta diversidad. Pueden identificarse todos los tipos etológicos, aun los más diversos y opuestos, en un mismo espíritu femenino; puede encontrarse la sucesión psíquica de estos tipos, por etapas; y pueden hallarse en él características aisladas suficientes para no poder atenerse a los datos de un momento. Heymans en su "Psychologie des Femmes" tanto citando a Mantegazza como por propia cuenta, dedica en el capítulo "La Volonté et l'activité" largos párrafos a este respecto (págs. 208, 209 y 210). La generalización, como podremos comprender, es casi imposible, y todo lo que expongamos queda sujeto a rectificaciones inesperadas.

Heymans también nos sirve de guía cuando entramos en el estudio del intelecto de la mujer.

"Hay capacidad, pero no voluntad" "Hay facilidad, pero no inclinación" "Mi inteligencia encontraba en ello satisfacción, pero

mi corazón no". Esas tres frases pueden resumir la actitud femenina ante la intelectualidad humana. Seguramente, la capacidad femenina de razonamiento, es muy grande, pero es aplicada siempre a los valores vitales, que son los más interesantes.

De ahí la dificultad femenina para la abstracción matemática, para la honda concentración filosófica, para la severa disciplina lógica, que no tiene relación palpable con lo vital. Sin embargo, ni todos los varones tienen grandes capacidades para estas altas funciones mentales, ni deja de haber distinguidas mujeres que realizan con éxito el mayor esfuerzo que les requiere el razonar sobre temas no interesantes.

Sin embargo, si esto puede decirse en globo de la capacidad femenina de juzgar y razonar, (los más altos trabajos mentales), no está por demás hacer una ligera revisión de todas las operaciones de la vida intelectual observadas especialmente en la mujer.

Sensación y Percepción —No existen muy notables diferencias característicamente sexuales. Algunos psicólogos piensan que la sensibilidad olfativa es mayor en el hombre, lo mismo que la sensibilidad al dolor. Esto último pudiera también reducirse a la naturaleza, pues ella le impone a la mujer, dentro de su objeto natural, cargas dolorosas sumamente pesadas, que le dan mayor resistencia física, hecho sumamente conocido.

Parece también, que el sentido del equilibrio está mucho más desarrollado en el hombre, porque lo ha ejercitado más. Hay un buen número de trabajos masculinos que requieren un esfuerzo de equilibrio formidable: la navegación, la minería, la albañilería, en los que la mujer no ha llegado a intervenir. Conocemos también la dificultad femenina para conservar el equilibrio en situaciones en que los varones no lo pierden: vehículos en movimiento, caminos en pendiente, puentes movedizos, escaleras difíciles, etc. Quizá la causa de esto sea el instinto de conservación el miedo tan biológicamente femenino.

En los demás sentidos, sólo encontramos ligeras diferencias, no de fondo; por ejemplo; mayor sensibilidad cromática en la mujer, y, en ocasiones, exacerbación de la sensibilidad auditiva.

En cuanto a la percepción, parecemos que ya hay sensibles diferencias sexuales. En primer lugar, la idea de tiempo es absolu-

tamente distinta para la mujer, y nos atreveríamos a afirmar que también las de espacio y objeto. Mas para asegurar esto, tendríamos que recurrir a uno de los más serios trabajos modernos sobre Psicología que realizan varios psicólogos alemanes tratando de fundar y articular la teoría de la estructura, de la forma; del configuracionismo, diversas traducciones que se dan a la palabra alemana "gestalt".

De confirmarse plenamente y aclararse hasta la vulgarización esta teoría, muchos de los actuales conceptos psicológicos habrán de modificarse de modo absoluto, en especial los que se refieren a la idea de espacio, los de conciencia, los de sensación, imagen, atención, asociación y memoria. Sin embargo, dicha especulación, aun está en el terreno de lo discutible, y, según Morris Ogden: "Aun cuando una teoría de la Gestalt promete mucho, todavía tenemos solamente una hipótesis de trabajo cuyos resultados en la promoción de la investigación científica sobre fundamentos firmes, hay que esperar principalmente del futuro. Al presente es solamente una guía para la investigación y la nueva interpretación de los datos de la psicología clásica".

La teoría de la estructura se apoya en un estudio analítico de la percepción, hecho a base de experimentos. Daremos una breve idea de tales experimentos: Tenemos en primer lugar los de W. Kohler efectuados en monos de la isla de Tenerife, en una estación destinada a la observación de chimpancés que fué establecida por la Academia de Ciencias de Prusia, estación de la que era director Kohler, quien escribió varios libros como resultado de sus investigaciones (1913—1922—1923); los del mismo Kohler con pollos y aun con un niño menor de tres años; los de Borak, consistentes en la distinción de diferencias entre pequeños pesos, las distinciones de magnitudes ligeramente diferentes, y de tonos de grises apenas diferenciados. Tenemos además otro género de experimentos auditivos y visuales: los auditivos determinarían el umbral inicial de audición; es decir, qué intensidad mínima de sonido o de ruido (estímulo) hace posible la sensación y la percepción. Entre otros, estos experimentos y los de puntos luminosos, líneas y figuras, tienden a fijar el concepto de "fondo perceptivo" y separarlo del de "figura".

No sería posible, describir al detalle todo el largo proceso experimental sobre el que Koffka establece sus teorías que basa en ideas de Dielthey, de Wertheimer, de Kohler y de algunos otros sabios alemanes, las noticias de cuyos trabajos no llegan hasta nosotros con la oportunidad que sería de desearse. Pero, de todas maneras Koffka establece su concepto de "Estructura", que vamos en seguida a tratar de exponer, aun cuando no está todavía claramente definido o delimitado, hecho en el que se han apoyado los impugnadores de la teoría para atacarla, diciendo que nadie sabe a ciencia cierta cuál es el significado que los psicólogos de la "Gestalt" dan a dicha palabra. Sin embargo, un estudio atento nos lleva a encontrar datos suficientes para tratar de entenderla.

Considera Koffka que no podemos encontrar "sensaciones separadas", sino que el acto psíquico "sensación", es un "conjunto indiviso y articulado" de operaciones psíquicas más o menos complejas, entre las que no queda excluido ni el juicio. Pues a estos conjuntos, llama Koffka "estructuras". Dice así: "Las estructuras entonces, son reacciones elementales, las cuales, fenoménicamente, no están compuestas de elementos constituyentes, pues sus miembros son lo que son por virtud de su carácter de miembros, por su lugar en el conjunto: su naturaleza esencial está derivada del conjunto del cual son miembros". Y después llama "estructuras" a ciertos modos de respuestas que el organismo tiene dispuestos al entrar a una situación dada".

De cualquier manera que ello sea, lo cierto es que el concepto "estructura" no está aun muy claro ni preciso, lo que han notado muy sagazmente los impugnadores de la hipótesis.

Koffka cita, además, en su libro "Bases de la Evolución Psíquica", la "estructura motora" y la "estructura numeral" aparte de las que podemos considerar como sensoriales, pero un punto muy valioso de toda su teoría, es el encontrar "estructura simple", más aún "simplicísima" y estructuras complejas. Dicha estructura simplicísima sería el hecho de diferenciar, en cualquier terreno sensorial, fondo y figura. Este pensamiento es de una gran importancia, y lo considero como el más valioso, como el eje central de la hipótesis de la estructura. En efecto, dividir la totalidad del "objeto", de todo lo que pueda ser "objeto", en fondo y figura es,

analizar muy atinadamente a mi ver la idea de objeto. Las figuras de que se sirve en sus experimentos visuales pueden explicarnos esta distinción: él usa grecas, círculos divididos simétricamente en ocho sectores, cuatro de los cuales forman una cruz blanca y los cuatro restantes una cruz negra; figuras irregulares bicolors. (Nuestras grecas aztecas llamadas de doble fondo le servirían maravillosamente para sus observaciones). Unas veces, el observador considera la mitad de la figura, y eso es "la figura propiamente dicha", el resto es el fondo. Otras veces la otra mitad es "figura", lo demás es fondo. Así todo lo que vemos se destaca sobre un fondo, absolutamente todo; no existiría la visión si no delineamos, si no sacamos del fondo común, lo que se ha de ver.

Lo mismo se considera un "fondo auditivo" en el cual se destacan los sonidos, un "fondo térmico" del cual distinguimos las temperaturas como altas o bajas y en todos los demás campos psicológicos podríamos hacer esta distinción, por ejemplo: la alegría, la cólera, el miedo, etc., surgirían de un fondo que pudiera llamarse indiferencia. Leamos este otro párrafo de Koffka: "Nuestra caracterización significaría, por tanto: los primeros fenómenos son cualidades, figuras sobre un fondo, son—para introducir un concepto nuevo—estructuras simplicísimas; lo dado fenoménicamente se divide en la cualidad determinante y en el fondo, sobre que ésta aparece, el nivel de donde se destaca; pero yacer sobre un fondo, descollar de un nivel, pertenece a la esencia misma de la cualidad. Llamaremos en adelante estructura a esta coexistencia de fenómenos, en donde cada miembro "sustenta al otro", en donde cada miembro posee su peculiaridad sólo por y con el otro. Los fenómenos más primitivos de todos serían fenómenos estructurales, con arreglo a este parecer. Así como el punto luminoso se destaca del fondo uniforme, así también, por ejemplo, el frío en un sitio de la mano se destaca del resto "templado", y la leche demasiado fría o caliente se destaca del nivel térmico de la cavidad bucal. Por tanto, atribuimos también una estructura, en cuanto a fenómenos, a reacciones como el rehusar leche a temperatura inconveniente. La leche en la boca puede ofrecer una estructura "adecuada" y una estructura "inadecuada"."

Ya vemos pues cuán importante es esta concepción a veces

de "espacio", a veces de "objeto" dividida en dos fundamentales: fondo y figura. Aun cuando la teoría de la estructura no logre imponerse, ésta su idea capital implica grandes modificaciones a las ideas y teorías de otros autores, especialmente sobre la percepción.

El simple hecho de estudiar todos los fenómenos psíquicos desde este punto de vista dará resultados sorprendentes y puede llevarnos muy lejos buscando lo que la sensación, la atención, la memoria contribuyan en la creación de la estructura.

Y si esto es en Psicología general, mucho más lo será en Psicología diferencial, puesto que esta teoría trata de individualizar la psiquis, y al mismo tiempo, de apreciarla en conjunto. Por lo tanto, hay muchas razones para asegurar que las "estructuras" femeninas son muy distintas de las masculinas. Razones biológicas en primer término, a las cuales si nos apoyamos en esta teoría, debemos conceder grande importancia; pero también puramente psicológicas.—Así encontramos el tejido estructural de fenómenos psicológicos femeninos, en que no es posible aislar ninguna de esas entidades que convencionalmente han establecido los psicólogos para poder estudiar hasta donde sea posible los fenómenos psicológicos distintos. Vemos como el sentimiento mueve a la voluntad y a la razón; la razón puede llegar a señorear la voluntad y a dominar el sentimiento; y a multitud de actos no es posible encontrarles la primera causa psíquica, sino tomarlos tales cuales son y simplemente describirlos: como estructuras.

Más como la teoría de las estructuras aún no ha sido extendida al resto de los fenómenos psíquicos (por lo menos no han llegado a nosotros sus resultados) debemos continuar esta breve revisión de los datos psíquicos femeninos según el orden tradicional, buscando exclusivamente los detalles diferenciales que nos sea dado encontrar.

La atención.—Parecemos que en la atención, la mujer no llega a la absoluta intensidad, pero sí es capaz de grande extensión, siempre que el objeto encierre interés, móvil afectivo de la atención. Una ojeada le basta para darse cuenta del arreglo de una casa, de la indumentaria de una persona; y quiere también abarcar pronto, con rapidez, los detalles salientes de un libro, de una doctrina. La atención que pudiéramos llamar de "ojeada" es muy pro-

pia de mujer. Pero la atención intensa y sostenida sobre un problema analítico profundo, le es muy difícil alcanzar, aunque llega a lograrla perfecta y absoluta, con un considerable esfuerzo de voluntad. La causa de esto es que la ciencia no es nuestra, y la sentimos ajena, encontramos siempre otras cosas más interesantes que ella.

En cuanto a los pequeños detalles de la vida, la mujer, en general, los capta fácilmente; pero cuando se ha habituado por continuos esfuerzos a llevar su atención a asuntos de más peso, pierde con frecuencia dichos detalles, ya no se les da importancia, y la necesidad de ir a ellos le cansa y disgusta.

Es decir, recordando a Ribot, le es más fácil a la mujer la atención espontánea o natural de acuerdo con su afectividad, que la voluntaria o artificial.

La memoria.—Juega un papel más importante aún la memoria en la conciencia de la mujer, por la calidad de asuntos que se conservan, por la forma de la conservación y por las facilidades mnemónicas especiales. Desde luego, la memoria femenina hace una selección muy suya de asuntos de acuerdo con lo visto acerca de la atención, pues los intereses afectivos ocupan su primario lugar, como en toda la mente femenina, conservando mejor lo que a ellos afecta, y descartando el resto, que, sin embargo, puede ser evocado con cierta facilidad. El tipo de memoria mecánica es frecuente entre las mujeres de estudio, quienes llegan a retener con pasmosa facilidad fechas y datos históricos en gran cantidad. La capacidad, como si dijéramos el "volumen" de lo conservado, suele ser mayor en este tipo de mujeres. Hay en cambio otras mujeres, también de estudio, que parecen no conservar nada, pero tienen una gran facilidad de evocación, o, según algunos autores, de asociación; con un detalle inicial rehacen lo que a ellas mismas les parecía perdido. En otras ocasiones la memoria reciente es admirable, y la remota, nula; he observado en muchachas estudiantes que, después de haber hecho un curso aislado de una materia, y de haber presentado un buen examen, dos años después no tenían ni remota idea de lo estudiado, ni de su asunto general siquiera: falta de conservación, por falta de interés vital para ello. Pero el capítulo de Heymans acerca de la memoria femenina es uno de los que más duramente

juzgan a la mujer; creemos que sus observaciones se refieren a mujeres incultas: si hace las mismas observaciones con cualquier clase de hombres ignorantes, obtiene idénticos resultados.

Imaginación.—En este punto hemos también de disentir del pensamiento general y de la opinión de Heymans.

Es común hablar de la "riqueza de imaginación de la mujer" sin puntualizar siquiera a qué clase de imaginación se refiere ese pensamiento. Recordemos en primer lugar, cuán distintas son las actividades intelectuales "imaginación reproductora" e "imaginación creadora". Recordemos también las formas derivadas de la imaginación, y así ya podemos asentar algunas observaciones.

La imaginación reproductora sí es bastante rica en la mujer, bastante más rica que en el hombre, y los hechos que Heymans asienta, lo mismo que sus datos numéricos son estimables siempre que se haga esta distinción.

Pero la imaginación creadora hasta hoy, ha sido exclusiva del hombre. La invención y la creación en todas sus formas han sido realizadas por varones: el arte, la ciencia, la industria, etc., han recibido aportaciones estimables solamente de los varones. Este es uno de los efectos de la falta de cultura femenina. La mujer no creará, en el alto sentido psicológico del vocablo, mientras no haya laborado su propio campo intelectual. En el arte, en la literatura por ejemplo, no hay producción femenina de obras del gran valor humano de una Iliada, de una Divina Comedia, de un Quijote, de un Fausto.

Ultimamente se inicia, con especialidad en escultura, algún movimiento artístico femenino bastante aceptable, que tiende a realizar una expresión de maternidad que nunca ha sido intentada por los varones. Sea esto, como las canciones de cuna de Gabriela Mistral, un principio duro y difícil de la vía femenina de creación artística.

En cuanto a la imaginación difluente, la "reverie", la ensoñación, ésta sí es completamente propia de la mujer, especialmente cuando tiene objeto sentimental, pero aún sin él. En la niñez, en la adolescencia, en la juventud, en la madurez, hay infinidad de ocasiones en que esta imaginación femenina se lanza a divagar sin objeto preciso, pudiendo prolongarse el goce durante largas horas,

con lo que ejerce este estado anímico absoluto dominio sobre el resto de la mente, lo que muchas veces es causa de grandes dificultades para un estudio abstracto, para un trabajo serio y constante. Las delicadas labores hogareñas que no absorben la inteligencia, permiten la continuación de este soñar despierto, ya sea en medio de la dicha y la esperanza o entregando el espíritu al dolor y a la amargura.

La Vida Afectiva

Creemos haber apuntado las causas biológicas profundas del predominio de la afectividad en la psicología femenina. Ahora bien, este muchas veces se exagera voluntaria o involuntariamente, o no trata de dominarse, y conduce a excesos muy criticados y en verdad criticables.

Se exagera voluntariamente, y no trata de dominarse, cuando la mujer desea revestirse de todo su carácter femenino, y hacer contraste vivo con el hombre.

Se exagera involuntariamente por educación, por hábito, por pensarse también que de hacerlo patente, podría ponerse en tela de juicio la perfección de la feminidad. Mas ya se inicia la tendencia a moderar y reducir a justos límites estas exageraciones que tanto aprovechara la escuela literaria del romanticismo.

Haremos también una ligera revisión de las características actitudes femeninas en cada uno de los aspectos de la afectividad.

Emociones, Pasiones, Sentimientos.

Se expresan con singular viveza, no se controlan fácilmente, producen efectos físicos de trascendencia. A veces son aprovechados con estudiado cálculo para obtener determinados fines, a causa de la necesidad de disimulo debida a equivocados regímenes domésticos o sociales. Sin embargo, parecen no cegar tan absolutamente la inteligencia ni ofuscar tanto la voluntad como en el hombre, pues son raros los crímenes femeninos cometidos bajo el influjo de ellos; por lo menos son más escasos que los que en iguales circunstancias cometen los hombres.

El amor con sus hondas y remotas raíces biológicas y sus divinas exaltaciones, es el eje y centro de la vida psíquica femenina. En cualquier situación, en todas las edades, con los más diversos objetos, perfecto o deformado, brutal o delicadísimo, revistiendo formas bestiales o llegando a los éxtasis místicos de Sta. Teresa, feliz o completamente contrariado, el amor concentra toda la energía psíquica de la mujer, ilumina o nubla su inteligencia, fortalece o nulifica su voluntad.

Parécenos sin embargo, que existe mayor dificultad en la mujer, para abstraer y deshumanizar el ideal amoroso. Los varones que han sido grandes místicos, enamorados visionarios, llegan a un concepto verdaderamente deshumanizado del ideal amoroso: tal un Plotino, un Eckehard, un Spinoza; y no podemos menos de recordar los discursos de Diotima de Mantinea que Sócrates repite en "El Banquete", los cuales confirman un poco lo que veníamos diciendo:

—¿No ves por consiguiente, que también tú piensas que Eros no es un dios?

—¡Pero, qué! la respondí, ¿es qué Eros es mortal?

—De ninguna manera.

—Pero, en fin, Diotima, dime qué es.

—Es, como dije antes, una cosa intermedia entre lo mortal y lo inmortal.

—¿Pero qué es por último?

—Un gran demonio, Sócrates; porque todo demonio ocupa un lugar intermedio entre los dioses y los hombres".

La tiranía vital se refleja también en una emoción: el miedo. El miedo, más bien, "los miedos", y los terrores femeninos, son el resultado de la esencia biológica: conservación de la vida y por consiguiente de la salud.

Los más altos sentimientos humanos tienen su aspecto especial en el alma femenina, algunos de los cuales como el patriotismo, han llegado, en ocasiones excepcionales, a tomar una terrible actitud opuesta a lo vital; hay que recordar lo que la historia y la leyenda nos dicen de las mujeres griegas, de las romanas y cartaginesas, de las españolas. Parece exacerbarsé la crueldad y el odio a la

vida en los casos tremendamente dolorosos de la destrucción de la patria. En efecto, se incubía una especie de desesperación, de rabia dolorosa, de amarga crueldad cuando son arrastradas por fatalidades guerreras, por tragedias inevitables; todo esto lleva a la mujer a excesos increíbles, a excitaciones colectivas sumamente peligrosas; afortunadamente, no es lo usual, sino lo excepcional.

En cuanto al sentimiento religioso tiene también aspectos muy interesantes cuyo estudio aislado podría ser muy extenso, pero de los cuales solamente tomaremos algunos: el aspecto puramente relacionado con los valores vitales, y el amoroso.

En primer lugar la idea de Dios, es principalmente del Dios Creador, Protector, Providente. La Sabiduría Infinita, la Suprema Belleza y Bondad, lo mismo que los demás atributos de la divinidad, quedan relegados a segundo término. Creador y Conservador de la Vida y Protector de ella en una forma casi humana, poder y fuerza que, cuanto más grandes, contrastan mejor con las debilidades y miserias, para remediar las cuales se acude a la divinidad; pero, más fácilmente a los Santos y Santas, que fueron humanos, y quienes, según la fe, están cerca de la divinidad y pueden obtener de ella todo lo que en plano vital descan o necesitan. Muy raras, rarísimas mujeres pueden desprenderse del antropocentrismo.

La religión, ofrece, además, a la mujer, una gran provisión de objetos de amor. En general, el tipo de la mujer religiosa, recluida en un convento, aplica en estos motivos un gran amor. Si se dedica a lecturas religiosas, especialmente a lecturas piadosas de cierto tipo que circulan en conventos, colegios y asociaciones religiosas, incluye en su lenguaje el espíritu de estas lecturas pero aún más amoroso y humanizado, interpretando todos los hechos y sucesos, aún los mínimos, como señales o voces divinas. La interpretación mística del Cantar de los Cantares como un diálogo entre Cristo y la Iglesia es una muestra, de las más elevadas, de lo que puede ser este amor místico; el tema, en labios incultos, llega a falsedades y bajezas muy lamentables.

Vida volitiva.—Hasta hoy, la vida volitiva femenina puede sintetizarse en estas palabras: pasividad, negativismo. La mujer, ya lo dijimos antes, es como la tierra, como esa oscura tierra de cultivo que nada hace, que todo soporta, y que todo da.

Hemos de recurrir constantemente a la base biológica para explicarnos esto, y tener presente el estatismo y la quietud con que la vida realiza en silencio su incesante devenir. Por esto ha sido muy fácil establecer en todas las épocas la disciplina social y doméstica que hemos conocido; que la herencia secular, ha hecho tan difícil de quebrantar.

No por esto, la iniciativa y la actividad propias son desconocidas entre las mujeres; conocemos buen número de casos históricos y domésticos en que la mano femenina es enérgica y de buen gobierno, pero estos son excepcionales, causan extrañeza que se traduce en burlas y caricaturas, y requieren un esfuerzo mayor para lograr la obediencia y la comprensión. Lo general es nuestro negativismo en el deber, que respeta las prohibiciones y los valladares, pero que no lleva al actuar para lo que se es negligente y hasta indolente. Son muy raras las decisiones activas aun después de larga deliberación; generalmente optamos por el dejar hacer, y muy pocas veces somos en verdad autoras de nuestro destino.

No es posible especular acerca de la manera de actuar originalmente sobre el mundo que hubiera realizado la mujer, de tener otra educación, otra herencia, otra esencia. Pero si hemos de asentar que la cultura femenina permitirá un acrecentamiento del actuar positivo de la mujer sobre el mundo, el cual será altísimo y benéfico en grado sumo si existe en realidad cultura, es decir si juiciosa y serenamente se lucha por superar a la naturaleza.

En cuanto a la conducta femenina, a su moral, pudo a causa de esto adaptarse tan perfectamente al cristianismo. Sería muy difícil encontrar una moral más adecuada al espíritu femenino; como lo hee notar Nietzsche.

Hay algo más que notar en la moral femenina, y es esto: su caída en el mal; en el crimen, es decisiva. La reincidencia criminal es mucho más frecuente en la mujer; y su actitud interna frente a su delito es de un amargo despecho, de un abandono absoluto al mal; de un desesperado deseo de llegar al exceso y de manchar todo lo que le rodea; de no ver nada puro; para no tener que reconocerse impura.

Todos estos detalles se refieren a la mujer normal; en el terreno patológico habría mucho que observar; pero sólo tomaremos de

él un dato muy valioso para nuestro estudio: en general, el número de mujeres dementes, está equilibrado con el de los hombres. (Conclusión VII).

CAPITULO QUINTO.

INVESTIGACION DE LAS CAUSAS DE LA INCOMPRESION INTERSEXUAL.

Expuestas las anteriores consideraciones, ya podremos apreciar con claridad las causas de incompresiones intersexuales que pudieran ser de trascendencia.

La primera, claro está, es la finalidad biológica. Inconscientemente, el aprecio de los valores vitales, máximo en la mujer, está ya reducido a campo secundario en el hombre. Esto, individual y colectivamente ocasiona conductas distintas en ambos, muy naturales si tenemos en cuenta las diferencias de constitución física, de herencia, de tendencias e inclinaciones, de instintos. Los impulsos llevan a caminos divergentes, y a través de las generaciones, han cristalizado las opuestas actitudes diversificándolas hasta el punto que vemos. Así por ejemplo, mientras en el hombre la inclinación altruista, la sociabilidad, la mutua cooperación, lo han llevado a formar el Estado, la Nación, el Ejército, y a realizar magnas obras colectivas, la mujer es un organismo y un espíritu de acaparación, de individualismo, de aislamiento; es en ella mucho menos fuerte el altruismo, salvo hacia el hijo, hacia el hogar, pero ni el hijo ni el hogar son para ella cosa ajena, sino el mismo yo. Así vemos a la mujer prescindir de amistades íntimas y duraderas, y retirarse de sociedades y clubes, en cuanto llega al hogar propio, formado por ella; la vemos también tratar de que el hombre prescinda de las suyas, lo que no logra fácilmente; la vemos sentir como un robo, como una ofensa, como una forma de abandono y casi como un fraude al hogar, las actividades masculinas que fuera de él no son indispensables para la conquista del pan, y aun éstas mismas.

El tipo de mujer verdaderamente sociable, de la frecuentadora y sostenedora de salones de gran mundo, es rara y distinguida flor de cultura, y sin embargo, busca principalmente la sociedad mascu-

na: recordemos los incidentes entre las dueñas de los salones revolucionarios en la época de los últimos Luises de Francia.

Las colectividades femeninas, especialmente los conventos, no se distinguen todavía por la identificación espiritual de sus miembros; claro está que las grandes inteligencias femeninas que en los conventos se han refugiado, no han podido incorporarse con la masa mediocre y ésta vive en continuas murmuraciones y hostilidad pequeña y misera contra aquellas. La fuerza de individualidad, y el egoísmo femeninos son más poderosos que los masculinos.

En el capítulo de los instintos, las diferencias y las causas de incomprensión son mucho más considerables. Desde luego, los instintos maternal y paternal difieren en absoluto.

El instinto gregario es mucho más débil en la mujer: el instinto migratorio, muy fuerte en el hombre, casi no existe en la mujer; el instinto de conservación, poderosísimo en la mujer, está muy amortiguado en el hombre.

Con todos estos datos, ya no nos parece extraño que haya incomprensión; lo raro es que pueda llegar a haber comprensión perfecta. Y si a esto agregamos la herencia secular, que tiene su gran valor aunque no esté bien aquilatado, comprenderemos cómo se han ahondado lentamente las grandes diferencias intersexuales que se reflejan en la acción aun cuando su raíz sea puramente vital.

Y si de esto pasamos al terreno psicológico, recordemos las grandes diferencias que en él apuntamos en párrafos anteriores. Si los objetos de la inteligencia, de la afectividad, del deseo y del poder son distintos; si sus procesos y resultados son diversos ¿cómo podrá haber comprensión?

Analicemos casos individuales y casos colectivos. Imaginemos a un hombre y a una mujer frente a los problemas científicos, frente a los sociales y frente a los domésticos. Seguramente que sus pensamientos, sus razonamientos, y las finalidades ocultas que cada uno persiga serán totalmente distintos, como distintos los resultados a que puedan llegar. Lo mismo acontece si se trata de grupos sociales. Precisamente las agitaciones políticas llamadas feministas, tienen por causa el descontento, la incomprensión femenina ante las leyes humanas, y ante la constitución de las sociedades. Este descontento también existe entre los hombres, pero los proyectos

ultra reformistas de ellos son totalmente distintos a los de ellas.

Podemos dedicarle algunas palabras a la acción femenina, al desarrollo de su voluntad sobre el mundo que se le da "hecho" y anotar como criticadas por los hombres ciertas actitudes femeninas ante la realidad de la acción:

Hemos tomado tan en serio el trabajo, la intervención en los negocios, nuestra influencia sobre el mundo con el juvenil deseo de mejorarlo, que nos fatigamos, nos envejecemos, nos agitamos demasiado. La mujer culta quiere que las cosas se hagan bien, a tiempo, rápidamente, con el mejor éxito. El menor fracaso la hace sufrir; la injusticia, la pereza, la impreparación de las gentes y su ignorancia, la impacientan de tal manera, que se excede en el trabajo para cubrir las deficiencias que otros dejan con toda tranquilidad. A veces en trabajo similar al suyo acusa al hombre de pereza, de indolencia, de abandono, de falta de entusiasmo en la labor. Equivocación muy femenina que conduce a mala táctica envidiosa. Mejor es confesar que esta actitud es la del recién venido, la del novel falto de serenidad. La pereza masculina, tan criticada por mujeres de trabajo, no tiene más causa que eso: serenidad, tranquilidad, un poco de desencanto de las propias y aisladas fuerzas, y mayor dominio del sistema nervioso.

Todo esto no puede menos de desencantar a la mujer por lo que se inclina a pensar que los hombres han hecho el mundo demasiado mal.

Las costumbres sociales constituyen otra causa de incomprensión. Desde la época pre-histórica, las costumbres han sido totalmente distintas en el hombre que en la mujer, lo que les hace formarse un concepto diverso de la disciplina. En nuestros días y en la época inmediatamente anterior a la nuestra, las costumbres, los hábitos, lo sancionado, ha sido totalmente distinto para los dos sexos. Muchas veces la mujer ha querido adoptar ciertas costumbres masculinas por agradables o cómodas, y la opinión social no se lo ha permitido; otras veces, ha tratado de evitar ciertas prácticas del sexo opuesto, y no lo ha logrado. La tiranía social es mucho más pesada que la legal, que la política, que la religiosa. Y para detallar, tomemos como ejemplo la moda, imperiosa para todo

mundo, especialmente para la mujer, pero que es la primera en poner su sello sexual distintivo, afortunadamente.

De manera es que dos seres cuyas costumbres (prescindiendo de todas las demás consideraciones) son tan distintas y lo han sido desde la más remota antigüedad, no pueden menos de tener grandes motivos de incomprensión individual y colectiva.

Otra causa determinante de incomprensión, es la diferencia en aspiraciones y en concepto de finalidad. El ¿a dónde? y el ¿para qué? son radicalmente distintos en ambos espíritus. Claro está que la generalidad se da contestaciones basadas en ideas religiosas cuando llega a formularse tales preguntas, pero nos parece que fuera del campo religioso, las ideas de objeto humano, de finalidad humana son incompatibles en ambos sexos. Quizá sea ésta una de las causas que oculta e inconscientemente marcan en cada paso derroteros diferentes a los sexos. Cada cual busca y persigue, por propios caminos, una realización diferente.

Y en cuanto a la aspiración suprema, ya hemos visto en el espíritu masculino la de eternidad, la de imposibilidad. ¿Podemos encontrar la misma en el femenino?. No tenemos datos para asegurarlo, aunque a veces pensamos que la aspiración a la maternidad, que pudiera considerarse puramente vital, puede constituirse en una poderosa tendencia hacia un perfeccionamiento de la vida y a un amor exaltado hacia todo lo viviente y hacia todo lo que pueda llegar a ser viviente; más aún, a extender y proyectar la vida en el cosmos, a divinizar la vida. En realidad no poseemos datos para afirmar el objeto supremo, la aspiración infinita que palpitara en los éxtasis divinos de Santa Teresa y de las grandes iluminadas, porque no cristalizaron en una expresión como la de Plotino, por ejemplo. Sin embargo, la mujer experimenta íntimo deleite espiritual ante las más altas expresiones de la aspiración humana a la eternidad.

Queda no obstante por investigar, y tampoco para ello tenemos datos, si existen los conceptos femeninos distintos de Suprema Belleza y de Supremo Bien. Claro está que, si hemos asentado al principio de este estudio que para la mujer solo existen los valores vitales, algunos sociales y los religiosos, esta investigación parecería redundante; pero aclaremos que se puede intentar porque pre-

cisamente esos valores involucran, en la mujer, las grandes ideas de que aquí tratamos, y las acaparan; no quiere decir que ellas hayan constituido un valor, para ella; pero sí, dentro de la esfera de los estimados, caben los conceptos de que tratamos, conocidos por algunas mujeres en sus lecturas de las obras masculinas; quizá no estimados en su justo valor, ni creados por ella; pero sí interpretados. Entonces, nuestra inquisición puede ser acerca de la interpretación y de la estimación especial que dentro del círculo propio ha dado la mujer a estos asuntos; la diferencia de entendimiento que la obliga a proceder y pensar de distinta manera cuando aparentemente borda sobre el mismo tema. Tratemos pues, de los conceptos, sin darles aún la categoría de valores, y tendremos la evidencia de hallar una muy apreciable diversidad en la inteligencia femenina.

La Belleza y el Bien, ordinariamente, son conceptos mucho más definidos, más "posibles" más tangibles y realizables, para el hombre; y esto nos lo prueba su triunfo sobre la materia al crear el arte. La visión de belleza y de eternidad y la lucha por cristalizarla y por darla a los demás es propiamente masculina, lo mismo que el triunfo de la expresión. Ya hablamos hecho notar como distinta la actitud femenina en el arte, tanto en su creación como en su contemplación.

El Supremo Bien y la Suprema Virtud tienen también muy diversa interpretación según el sexo. Mientras que para la feminidad, la virtud es represión y negativismo, para los varones, la virtud es acción positiva, esfuerzo, acometividad. No quiere decir que no sea estimada por la mujer la acción positiva ni por el hombre la represión; pero que, si hemos de buscar una representación concreta del ideal virtuoso, para la mujer sería el supremo ascetismo, y para el hombre la suprema acción.

En resumen, podemos considerar al hombre y a la mujer, colectiva e individualmente, como seres de distinta constitución física, con diversas y quizá opuestas tendencias e instintos, con un bagaje hereditario de peso diverso; con entendimientos, afecciones y voluntades diferentes; con opuestas, divergentes; con moral y costumbres también diferentes; con opuestas aspiraciones anímicas, con pensamiento de finalidad distinto, y sin iguales conceptos de suprema

belleza y de bien supremo. No podemos menos de recordar al ver esto, la leyenda de los dos paladines que lucharon a muerte porque, al llegar por distintos lados a contemplar la estatua de un portador de escudo, afirmaron, el uno, que el escudo era blanco; el otro, que era negro; discutieron y llegaron a las manos, y sólo al caer ambos pudieron darse cuenta de que el escudo estaba pintado de blanco por un lado y de negro por el otro. (Conclusión VIII)

CAPITULO SEXTO.

¿CUAL DEBE SER LA FINALIDAD SUPREMA DE LA CULTURA FEMENINA?

De todo lo anterior intentaremos ya ir especulando acerca de las finalidades a que debe tender la cultura femenina.

La primera es, desde luego, el saber. Pero no un saber mediocre, no un saber con fines mercantilistas, sino un serio impulso hacia la profundidad del conocimiento, hacia la posesión desinteresada (en lo humano) de las grandes verdades, hacia los estudios biológicos, físicos, matemáticos, filosóficos, de verdadera consistencia, exentos en absoluto tanto de esa superficialidad de que adolecemos, como de tendencia económica. Claro está que esto no es trabajo de un día, ni de una generación siquiera, sino lenta labor de siglos; pero debe ser de tal manera absorbente y dura, que acapare las energías femeninas cuya aplicación a la vida no sea de inmediata urgencia. Ningún incremento de saber, por muy voluminoso que se le suponga, puede dañar el espíritu femenino; hay que huír de ese prejuicio. Sólo la semi-cultura, sólo la ciencia a medias, la "poca ciencia" es deformante y perjudicial; pero eso, para todo mundo: recordemos el proloquio (de aplicación indiferenciada al sexo): "Poca ciencia, aleja de Dios; mucha lleva a Él". Mas la aplicación serena y profunda de la conciencia en el saber no puede ser para nadie perjudicial: sería juzgar a la ciencia como cosa abominable, el pensar que puede ensombrecer o empequeñecer algún espíritu; todo lo contrario, llena de luz y amplía las almas mezquinas.

Cierta clase de mujeres indostánicas y hebreas, eran lectoras asiduas de los grandes libros de su religión; y fue admirable la in-

fluencia que esas lecturas ejercieron en el temple y solidez de aquellos espíritus, plenos de la sabiduría de las cosas divinas.

El saber extenso y generalizador debe ser el camino inicial de este perfeccionamiento espiritual femenino; la visión de conjunto de los problemas, su interpretación distinta: todo esto antes de llegar a la intensidad o a la especialización.

Y quienes en primer término debemos convencernos de esta verdad somos las mismas mujeres, y así evitaremos esta irrupción nuestra en el estudio con el solo fin de cubrir intereses económicos, más o menos apremiantes, como hacen en la actualidad los varones: carreras intelectuales cuyo objeto, aún para ellos, no es otro que encontrar un "modus vivendi" no muy difícil.

No es así como debe y puede la mujer realizar una cultura sólida y seria; por eso, el hecho, de que aumente la población escolar femenina, no pasa de ser un dato aislado sin mucha importancia cultural.

Otro de los grandes puntos de mira de la cultura femenina debe ser el recto ejercicio y la sólida educación de la voluntad. Quizá sea ésta una de las más valiosas promesas cuya realización traerá notables modificaciones en la moral, tanto femenina como humana; puesto que las represiones, serán juiciosas, fundadas y entendidas, lo que disminuirá su número y facilitará su estricta observancia; y, el actuar positivo surgirá potente, sujeto a planes, conscientemente meditado, irreprochable, y de grande provecho para la humanidad.

Un nuevo objeto que pudiera esperarse de esta gran cultura tan deseada es la verdadera superación de la naturaleza, superación que no es ni su abandono, ni su empequeñecimiento, ni su desprecio, ni su mutilación, ninguno de estos vocablos equivale a "superación". Es la colocación en un plano en que la animalidad pueda ser vencida; darle el justo valor humano a la naturaleza, ni mayor ni menor, desde el punto de vista de los valores espirituales, hallar nobles derivaciones al excedente de fuerzas naturales, en vez de tolerar como males necesarios, los vergonzosos descendos a la bestialidad que la moral masculina no ha podido o no ha querido evitar. Superación de la naturaleza que abarque todos los campos desde el de la vida física, hasta el artístico, en el que puede permitir las supremas

realizaciones del espíritu; superación que nos permita, a la mujer sobre todo, comprender al hombre y su cultura, y estimar sus valores.

Esto último, es algo tan esencial como finalidad cultural femenina, que no podría prescindirse de ello. Y si, como vimos al principio de este ensayo, tan sólo adoptar actitud contemplativa ante la cultura humana es algo atrevido, llegar a comprenderla, a asimilarla, a poseerla, a hacer propios sus valores, ya es una labor considerable que requiere los más grandes y sostenidos esfuerzos, pero que, a pesar de todo, hay que emprender con verdadero tesón, puesto que, de llegar al resultado, poseeríamos algo tan valioso que ni ellos mismos pueden jactarse de tener: su propia comprensión.

Una vez que se pudiera llegar a ella, una vez que la "comprensión masculina" constituyese un valor cultural femenino, estaría ya formada nuestra propia tabla de valores, con otros muchos que habría ido formando nuestra propia cultura por la lenta adición del esfuerzo, la inteligencia, la intuición y el amor. Seguramente que desaparecerían todas las causas de desacuerdo, que nuestro mutuo entendimiento llegaría a ser perfecto y que todos tenderíamos, con más seguridad de alcanzarlo, al objeto supremo de toda lucha, de todo esfuerzo, de toda cultura: al perfeccionamiento humano.

El interés colectivo de la humanidad por su perfeccionamiento y su realización final, y la acción que a él conduzca, es el último escalón que nuestra cultura puede alcanzar, siempre que ese perfeccionamiento se sujete a normas irreprochables que sólo el conjunto humano, completo e indiviso, puede establecer, haciéndose capaz de ello. La liberación humana, la suprema y divina realización no puede ser parcial, puesto que sólo es posible en el campo esencial, donde las diferencias sexuales no existen porque han pertenecido tan sólo al reducido, pero complejo, organismo vital. (Conclusión IX).

Seguramente que muchos de los anteriores pensamientos pueden ser tachados de utópicos; reconocemos que no nos es dable comprobar su realización posterior; pero hemos querido tan sólo presentar la cuestión cultural femenina desde un punto de vista más elevado, desinteresado y humano que el ordinario; y que, para concluir, trataremos de sintetizar nuestros conceptos reduciéndolos a las siguientes:

CONCLUSIONES:

- I.—La cultura humana, ha sido realizada por el varón, gracias a su innata aspiración de eternidad.
- II.—El papel femenino en la realización de la cultura, ha sido muy importante, pero del todo pasivo.
- III.—Las diferencias intersexuales, que no tienen alcance ontológico, sino puramente vital, son imprescindibles.
- IV.—La femineidad es el mecanismo y la forma del devenir vital.
- V.—Debe crearse la cultura femenina original y autóctona.
- VI.—La estructura corporal de la mujer ejerce una influencia decisiva sobre la psicología femenina.
- VII.—Los datos que aporta la psicología diferencial explican la actitud femenina ante la cultura humana.
- VIII.—Las diferencias biológicas, psicológicas y culturales constituyen causas de incompreensión intersexual.
- IX.—Las grandes finalidades de la cultura femenina deben ser: la adquisición del saber; la educación de la voluntad femenina; el establecimiento de normas éticas más valiosas; la superación de la naturaleza; la comprensión del hombre y de su cultura; y la acción de conjunto hacia la suprema perfección humana.

México, D. F., Diciembre de 1932.

Paula Gómez Alonso.